



Soñadoras

El origen de los sueños

Kike Gómez

Ilustraciones de Dani Padrón



algar

En el cole nos han mandado jugar una hora a la consola, pero creo que voy a echar un rato más. Tengo que practicar si este trimestre quiero sacar un diez en la clase de la seño Nintendo.

Luego toca entretenerse con lo habitual: paseo a mi elefante por el parque de mascotas, echo una carrera en globo, juego en el palacio del árbol que tengo en el jardín...

Y para terminar el día, lo mejor de todo: la cena. Hoy hay macarrones de azúcar y mi postre favorito: helado con sabor a helado. Es



difícil explicar a
qué sabe, pero, una vez que
lo pruebas, no quieres otra cosa.

—Disculpe, camarero, ¿va a tardar
mucho en servirme? Empiezo a tener un poco
de hambre.

—Necesito tu ayuda.

Debe de ser nuevo, porque no recuerdo ha-
berlo visto nunca por este restaurante. Nor-
malmente, me sirve algún actor o cantante
famoso. Pero este señor no tiene pinta de sa-
lir mucho por la tele. Es un poco extravan-
te para mi gusto, porque ¿a quién se le ocurre

llevar un traje de colores como ese? Al menos si se peinase un poco...

—Necesito que me ayudes —insiste de nuevo.

—¿Quiere que lo ayude en la cocina o...

Riiinnnggg... Riiiiinnngggggg...

RRRIIIIIINNNNNNGGGGGG...

—¡Valentina! ¡Hora de levantarse! ¿No escuchaste el despertador o qué? Todos los días la misma cantinela.

—¡Ya voy, papá! —grito medio dormida—. Vaya sueño más raro...



2

—Los martes toca fruta, ya lo sabes, Valentina.

—Pero mamá, no quiero llevar una papaya. ¿No puedo comerme una manzana como la gente normal?

—¡Pero si es tu favorita! Tus abuelos las cultivaban antes de venir de Oaxaca y las has comido desde...

—Sí, desde que era pequeña. Eso no quiere decir que las tenga que seguir comiendo eternamente.

—Venga, venga. Deja de protestar y date prisa, que vas a llegar tarde. ¡Y péinate! Que te pasas el día con el pelo alborotado.

Todos los días sigo la misma ruta para ir al cole: salgo de casa y paso por delante de la pescadería del señor Yuri, que está con la persiana medio bajada, imagino que para que la gente no vea cómo mezcla el pescado fresco con el pasado, aunque es un secreto a voces. Después camino hasta llegar al case-rón destartelado de doña Celia. Su bisabuelo era un gran empresario que hizo fortuna vendiendo tabaco para niños; por desgracia, no tenía cabida en la sociedad actual y se arruinó. Giro por la calle del Algarrobo, paso por el callejón de las ratas (intuyo que para esto no hará falta mucha explicación) y, al salir, allí está: el colegio Plasencio Esteban Zarta, más conocido como el colegio PEZ, motivo por el que a sus alumnos todo el mundo nos llama «los pececitos».

—Buenos días, Vale.

—¡Cata! Hoy llegas temprano, qué cosa más rara. ¿Te ha pasado algo? Tienes cara de sueño.

—Muy graciosa... La seño me ha dicho que, como vuelva a llegar tarde, me quedo un mes sin recreo.

—Veo que las amenazas han funcionado —interrumpo riendo—. Por cierto, me encanta tu nuevo corte de pelo, te favorece mucho el verde moco.

—¡Es verde alien, no verde moco! Y se ilumina por la noche, es una pasada.

—A veces me pregunto en qué piensa tu madre para dejarte ir sola a la peluquería...



Cata y yo somos amigas desde la guardería. Su madre es una famosa pedagoga infantil, un poco pasada de vuelta con la educación libre, a mi parecer. Desde pequeña le ha permitido todas y cada una de sus ocurrencias. Por ejemplo, a los cuatro años decidió que quería ser maquilladora. Se pasó cinco meses viniendo



a clase con los labios pintados: un día de azul cobalto, otro de negro azabache, de rojo Ferrari, de amarillo pollito... Y eso cuando no le daba por ponerse pestañas postizas. Desde entonces ya nada me sorprende, bien sea tener una gallina por mascota o venir todos los días en chanclas (invierno incluido). Una vez que asumes que Cata es así, lo cierto es que suele ser muy divertido pasar el rato con ella.

—Venga, vamos a clase. Seguro que doña Lurdes se sorprende tanto como yo de verte, pequeño moco —digo riendo mientras echo a correr.

—Ríe, ríe..., ¡ya verás cuando te pille! —grita Cata detrás de mí.